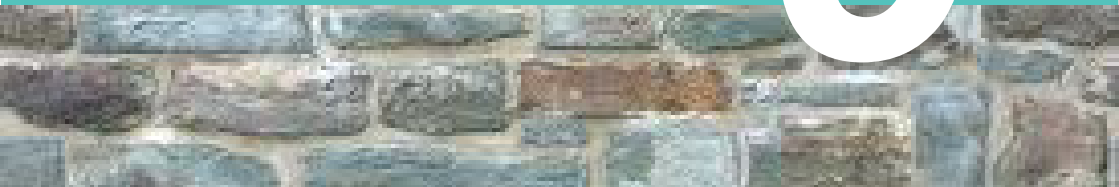


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

9

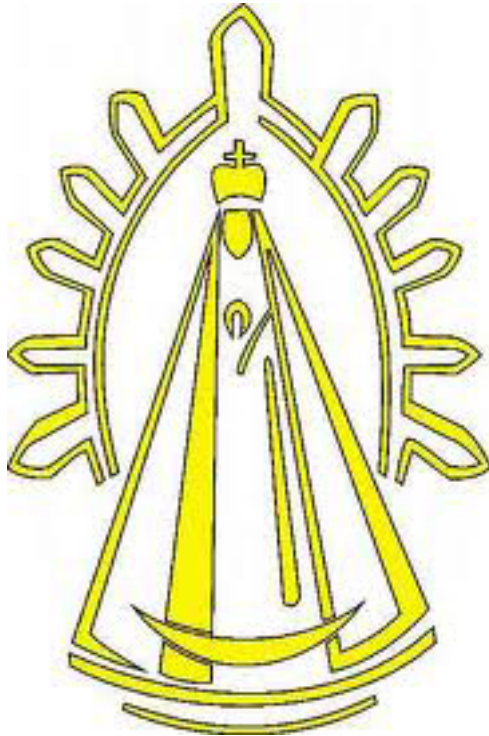


Texto de la Regla

Artículo 9.

La **Virgen María**, humilde sierva del Señor, siempre atenta a su palabra y a todas sus mociones, fue para san Francisco centro de indecible amor y por él declarada Protectora y Abogada de su familia.

Los Franciscanos seculares **den testimonio de su ardiente amor hacia Ella** por la imitación de su disponibilidad incondicional y la efusión de una confiada y consciente oración.



Contemplación:

En la confiada entrega a María como protectora y abogada de la Familia Franciscana, Francisco de Asís actúa como los grandes santos de todas las épocas de la Iglesia. Desea transmitir su personal devoción a Nuestra Señora a todos sus seguidores. ¿Por qué? Porque quien se toma en serio el llamado a la santidad, cualquiera sea su estado o carisma, elige a María como camino privilegiado de conversión. Ella prolonga su maternidad de Jesús en nosotros, en forma tan misteriosa como real... Colabora eficazmente en hacer de nosotros "otros Cristos", en concretar aquello de que "no soy yo quien vive sino es Cristo quien vive en mí".

Los franciscanos seculares podemos construir con los textos que nos dejaron los autores sagrados un "evangelio de María" para modelar nuestras actitudes personales. ¿Qué contemplamos en María?

El "sí" en la Anunciación es el modelo de todos los "sí" cotidianos que damos en el cumplimiento de nuestros deberes de estado y en la observancia de la Regla. Ese "sí" estuvo impregnado, por un lado de la total confianza y abandono en la voluntad de Dios, en la certeza en su amor misericordioso... Pero pequeña, como se reconocía "la esclava del Señor" no estuvo exenta, seguramente, de incertidumbres, de oscuridades, tal vez de miedos...

Todos los días damos un paso en el camino: sólo vemos una parte del sendero, la que tenemos delante. El Señor es el que conoce desde siempre su Plan. Él nos ayuda con su gracia, que se derrama en abundancia para quien pronuncia ese "sí" con generosidad y sin cálculos...

En nuestra vida común de todos los días, estamos llamados a poner la alegría de ese "sí" que como el de María termina mostrando el rostro de Jesús a los que nos rodean. Ni más ni menos.

En la visita a su prima Isabel y en la presencia al pie de la cruz se muestra una de las formas más genuinas de ser franciscanos: el **acompañamiento**. Estar presentes en los momentos de alegría y también en los

de dolor son la misma vivencia de la minoridad entre los hombres. No hace falta predicar nada, nuestra presencia, nuestro silencio o nuestra escucha son el mejor sermón.

Sobre todo en este mundo contemporáneo que se ha vuelto frío, despersonalizado, debemos ser pródigos en esos pequeños gestos de amor fraterno con los que nos rodean, y más aún, con los más pobres y abandonados... Una madre de familia que reúne en torno a la mesa familiar debe pensar que está haciendo algo sagrado... Lo mismo el empleado de banco que se preocupa por celebrar el cumpleaños del más solo de sus compañeros. El franciscano debería ser aquel ser humano con el cual se puede contar incondicionalmente por su solidaridad tanto en la fiesta como en el dolor.

Dos veces nos muestran los evangelios a María en el Templo. La primera cumpliendo el rito de la Purificación para ella después del parto y la circuncisión para Jesús. La segunda cuando a propósito de cumplir la visita al Templo, Jesús se queda en Jerusalén.

La vemos a María observante de las tradiciones culturales judías... Herederos de esa misma tradición, mejor aún renovados por todo un movimiento litúrgico que el Concilio Vaticano II nos regaló, debemos centrar nuestra vida religiosa en un esfuerzo serio de vivir la liturgia... La Eucaristía, los sacramentos, el rezo de la Liturgia de las Horas, todas esas expresiones nos alimentan con la gracia de Dios. ¿Para qué? Para vivir con coherencia infatigable nuestra fe.

María en Caná diciendo “no tienen vino” es la mirada femenina por excelencia, la del gesto pequeño, que revela el estar atento. Esa diminuta actitud de María nos invita a los franciscanos a hacer de nuestro estar en el mundo y en la Iglesia el mismo ejercicio: Estar atentos y darnos cuenta de que a veces a los que nos rodean les falta algo. Es el ejercicio de nuestro servicio y hasta hospitalidad... Cuando falte algo, que seamos nosotros quienes lo pongamos, desde cosas aparentemente insignificantes e intrascendentes, como una sonrisa o una palabra de sincero elogio a quien ha cumplido correctamente una tarea, hasta una actitud de mediación entre dos que se enojaron o el compromiso con algún servicio...

María en Pentecostés. María está presente en el mismo comienzo del peregrinar de la Iglesia por la historia. De eso surge una lectura clara para nosotros los franciscanos seculares. La nuestra es una Orden de la Iglesia para el mundo. Cooperamos en el anuncio del Evangelio junto con las otras familias religiosas. La diversidad de carismas querido por el Espíritu Santo que es nuestro Ministro General, hace de nosotros uno de los tantos caminos por los cuales la Iglesia se realiza como “Misterio de Salvación”... Y solo siendo fieles cada día más a nuestra vocación es como podemos ser camino para otros.



ACTIVIDADES:

1. Se invita a leer los números 963 al 975 del Catecismo de la Iglesia Católica:

“María, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia”;

“El culto a la Santísima Virgen María”;

“María, icono escatológico de la Iglesia”.

¿Cómo es mi relación filial con María?

¿Cómo puedo acrecentar mi fe en su presencia real en mi vida?

2. Lectura contemplativa y pausada de la siguiente reflexión:

El camino que recorrió ‘la llena de gracia’ se presenta como un Evangelio vivo donde la Iglesia naciente y nuestra Iglesia de hoy, pueden encontrar las características del verdadero cristiano:

Porque en María encontramos:

Humildad y simplicidad de espíritu:

“YO SOY LA SERVIDORA DEL SEÑOR”.

Obediencia al plan de salvación:

“QUE SE CUMPLA EN MI LO QUE HAS DICHO”.

Fe en la palabra de Dios:

“FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO”.

Pureza virginal consagrada:

“EL ESPÍRITU SANTO DESCENDERÁ SOBRE TI”.

Caridad y solicitud generosa:

“PARTIÓ Y FUE SIN DEMORA... Y PERMANECIÓ CON ELLA UNOS TRES MESES”.





Reconocimiento agradecido por los favores recibidos:

“MI ALMA CANTA LA GRANDEZA DEL SEÑOR”.

Pobreza y desprendimiento:

“NO HABÍA LUGAR PARA ELLOS EN EL ALBERGUE”.

Sabiduría reflexiva ante los signos de Dios:

“CONSERVABA ESTAS COSAS Y LAS MEDITABA EN SU CORAZÓN”.

Prontitud generosa ante las necesidades de los otros:

“MIRA, NO TIENEN VINO...”

Fortaleza en el dolor:

“AL PIE DE LA CRUZ ESTABA SU MADRE”.

Actitud orante a la espera del Espíritu:

“TODOS ELLOS, ÍNTIMAMENTE UNIDOS, ESTABAN CONSAGRADOS A LA ORACIÓN, EN COMPAÑÍA DE MARIA, LA MADRE DE JESÚS”.

Contemplando su vida, sus gestos, sus actos, siguiendo sus pasos, tenemos la certeza de que estamos caminando por el sendero del Espíritu de Dios.

Preguntas para la reflexión:

¿Cuál o cuáles de estas características admiro más?

¿Cuál de ellas estoy necesitando más en mi vida? ¿Por qué?

En la espiritualidad franciscana:

ESTRUCTURA TEOLÓGICA DE LA DEVOCIÓN MARIANA DE SAN FRANCISCO

Rodeaba de amor indecible a la madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad» (2C 198), «y por habernos alcanzado misericordia» (LM 9,3),

1.-María y Cristo

Estas sencillas palabras de sus biógrafos expresan el motivo más profundo de la devoción de san Francisco a la Virgen.

Puesto que la encarnación del Hijo de Dios constituía el fundamento de toda su vida espiritual, y a lo largo de su vida se esforzó con toda diligencia en seguir en todas las huellas del Verbo encarnado, debía mostrar un amor agradecido a la mujer que no sólo nos trajo a Dios en forma humana, sino que hizo «hermano nuestro al Señor de la majestad». Esto hacía que ella estuviera en íntima relación con la obra de nuestra redención; y le agradecemos el que por su medio hayamos conseguido la misericordia de Dios.

Francisco expresa esta gratitud en su gran Credo, cuando, al proclamar las obras de salvación, dice: «Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo y justo, Señor rey del cielo y de la tierra, te damos gracias por ti mismo... Por el santo amor con que nos amaste, quisiste que El, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima santa María» (1R 23,1—3). (...)

Con alabanza desbordante de alegría, Francisco da gracias al Padre celestial por el don de la maternidad divina concedido a María. Este es el primero y más importante





motivo de su devoción mariana: «Escuchad, hermanos míos; sí la bienaventurada Virgen es tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo seno...» (Cta. O 21) En aquella época campeaba por sus respetos la herejía cátara, que, aferrada a su principio dualista, explicaba la encarnación del Hijo de Dios en sentido docetita y, por consiguiente, anulaba la participación de María en la obra de la salvación. Para manifestar su oposición a la herejía, Francisco, devoto de María, no se cansaba de proclamar, con extrema claridad, la verdad de la maternidad divina real de María: «Este Verbo» del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el santo ángel Gabriel, fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad»

Y en el Saludo a la bienaventurada Virgen María celebra esta verdadera y real maternidad con frases siempre nuevas, dirigiéndose a ella de un modo exquisitamente concreto y expresivo, llamándola: «palacio de Dios», «tabernáculo de Dios», «casa de Dios», «vestidura de Dios». «esclava de Dios», «Madre de Dios» “.

Estos calificativos, tan altamente realistas, nos dan a comprender con qué celo tan grande defiende ortodoxamente Francisco la figura auténtica de María en una cristiandad tan fuertemente amenazada por la herejía.

María, protectora de la orden

Las reflexiones precedentes han demostrado que en toda su vida interior y exterior Francisco se sentía particular-

mente ligado a la Madre de Dios. El santo expresó esta vinculación en la forma propia del tiempo y según le nacía de su personalidad.

San Buenaventura cuenta que en los primeros años después de su conversión, Francisco vivía a gusto en la Porciúncula, la ingletita de la Virgen Madre de Dios, y le pedía en sus fervorosas oraciones que fuera para él una «abogada» llena de misericordia (LM 3,1). Poniendo en ella toda su confianza, «la constituyó abogada suya y de todos sus hermanos» (LM 9,3). Tomás de Celano refiere lo mismo al hablar de los últimos años del santo: «Pero lo que más alegra es que la constituyó abogada de la orden y puso bajo sus alas, para que los nutriese y protegiese hasta el fin, los hijos que estaba a punto de abandonar» (2C 198)

Pequeña iglesia reconstruida por Francisco, dedicada a Nuestra Señora de los Ángeles. Está ubicada en las afueras de Asís. - la Porciúncula-



Fuente: Esser, K. "Temas Espirituales"



¿Sabes qué representa esta imagen?

Oración:

Salve, Señora, santa Reina,
santa Madre de Dios, María,
que eres virgen hecha iglesia y
elegida por el santísimo Padre del cielo,
a la cual consagró Él con su santísimo amado Hijo y
el Espíritu Santo Paráclito,
en la cual estuvo y está toda la plenitud de la gracia y todo bien.

Salve, palacio suyo;
salve, tabernáculo suyo;
salve, casa suya.
Salve, vestidura suya;
salve, esclava suya;
salve, Madre suya y todas ustedes, santas virtudes,
que son infundidas por la gracia e iluminación del Espíritu Santo
en los corazones de los fieles, para que de infieles hagáis fieles a Dios.
Amén.

Oración de san Francisco a la Virgen María
(SaIVM)

